

INSTITUTO EMMANUEL MOUNIER

El Instituto Emmanuel Mounier se constituye en centro de reflexión y actividad a partir de presupuestos no limitados exclusivamente por el gran pensador francés. Mounier es, sin embargo, la matriz de referencia para una tarea que tiene la pretensión de retomar con nuevos modos toda una larga tradición que hoy más que nunca nos parece de perentoria actualidad.

I. Objetivos del Instituto

El Instituto se encamina a un triple objetivo:

1. Una *labor de reflexión*, histórica y temática, sobre los valores fundamentales del ser humano, tanto en sus dimensiones económicas y sociopolíticas cuanto en las morales y espirituales. Esta prioritaria tarea pretende discernir con conciencia clara lo fundamental de lo accesorio para el hombre de hoy. Ello impedirá tanto el neutralismo como la indefinición.
2. Una labor que confronte la cultura de nuestros días y sus formas morales, científicas, técnicas, políticas y económicas con las exigencias de la subjetividad humana. A partir de ello, la crítica de acontecimientos y actitudes —colectivas o individualmente significativas— que contribuyan de cualquier modo a la degradación de los valores fundamentales.

Esta inaplazable función crítica se impone una doble exigencia: la de no constituirse en aliada de intereses que no sean los valores humanos y la de respetar a las personas, con independencia de sus opiniones, evitando, por tanto, todo excluyente sectarismo.

3. La promoción de actividades y actitudes individuales y colectivas que fomenten tanto la presencia de las convicciones teóricas como las actitudes críticas del Instituto. Hacer, por tanto, activo el pensamiento es inaplazable exigencia, en la certeza de que ni teórica ni prácticamente seremos perfectos.

II. Humanismo de ayer y de hoy

1. La paradoja humanista

Toda referencia al humanismo se enfrenta en nuestros días con una paradoja fundamental que podría formularse en los términos siguientes: la persona es hoy universalmente proclamada por todos y en todos los ámbitos como realidad libre y autónoma. Ello lleva aneja su exaltación sin límites y su reconocimiento como valor máximo. Pero, a su vez, nuestra época es ejemplo evidente de la utilización mecanicista y utensiliarista del ser humano, puesto que, de hecho, la autonomía personal es hoy acosada por los intereses de todo tipo, solapados o paladinamente proclamados. La autonomía personal, en efecto, es agredida en su intimidad por múltiples mecanismos de presión; la libertad social se sumerge en un universal agnosticismo político que atrapa más que promueve la iniciativa; la solidaridad es más que nunca acometida por un individualismo rapaz, individual, social y estatal, que se crispa sobre los propios intereses. Hoy más que nunca somos súbditos y no soberanos, socios y no prójimos, competidores y no colaboradores.

Tal paradoja se hace evidente en los macrosistemas y macroproyectos que surgen la iniciativa e impersonalizan moral, política y socialmente, de tal modo que los verdaderos resortes de la vida personal y colectiva nos son hurtados en nombre de los mismos intereses humanos. De ahí que hoy parezca ya imposible la existencia personal dignamente humana sin un estado poderoso o una economía mundialmente programada. Y la vida cotidiana parece impensable sin la invasión de los utensilios o sin la información planificada. A su vez, la vida biológica exige el auxilio de la técnica, de los aparatos y de los inmensos complejos hospitalarios. La creatividad estética y las mismas actitudes éticas se remiten a «corrientes de opinión», a modos preformados de obrar o a instituciones que introducen la coacción en el seno mismo de la iniciativa personal.

Todo ello nos lleva a reconocer como certero y elocuente el diagnóstico de Michel Foucault: Sea cual fuere la esencia del hombre, lo cierto es que hoy él es una hechura, un constructo regulado, sometido y modelado, en su cuerpo, en su vida y en su espíritu, por el conjunto de los saberes y por las prácticas y técnicas que dominan por entero la vida humana. Incluso en ámbitos como el religioso o el artístico, el saber teórico elaborado en torno a tales dimensiones subjetivas condiciona la vivencia religiosa o estética.

2. Los «trascendentales» del humanismo

El reconocimiento de tal paradoja exige más que impide una auténtica labor de humanización y subjetivización de nuestro mundo. Esta labor debe llevarse a cabo a partir de la explícita convicción de Mounier de que nuestra afirmación central es la de la existencia de personas libres y creadoras, que introducen en el corazón mismo de las estructuras un principio de espontaneidad, de imprevisión, de creación e iniciativa que debe dislocar toda sistematización o planificación definitiva.

Tal afirmación se concreta en el reconocimiento de dos valores que son los

auténticos trascendentales, en cuanto condiciones de posibilidad de toda reflexión o práctica humanista: ellos son el *valor de la vida* y el de la *libertad solidaria*.

La vida debe ser reconocida a través de la promoción y el fomento de todos los medios que a ella contribuyan, y eso siempre. La libertad solidaria entraña el compromiso por liberar de las condiciones de explotación y de opresión a que hombres y civilizaciones se encuentran sometidos individual y colectivamente.

III. Teoría y práctica

Para nosotros, pensamiento, vida y acción forman una indisoluble unidad que reclama la identidad de la razón teórica y de la razón práctica, en el intento diario de pasar de la razón práctica a la práctica de la razón. Ello nos conduce a formular una serie de afirmaciones básicas que, siendo enunciados teóricos, son en sí mismas otras tantas exigencias prácticas.

1. Es necesario reconocer la primacía de los *valores humanos*, tales como la honestidad natural, la veracidad, la fidelidad y la responsabilidad personal. Ello nos induce a prescindir aquí de las discusiones sobre la científicidad de los términos morales y a remitir el contenido de las actitudes al lenguaje usual y a su exigencia explícitamente humanista. Entendemos, por tanto, que los conceptos morales adquirirán contenido y sentido a partir de la exigencia de tratar sin excepción a la persona humana, tanto la propia como la de los demás, siempre como un fin y nunca como un medio (en el sentido kantiano).

Tal exigencia no es en absoluto formal si cada hombre —desde sus circunstancias y teniendo en cuenta el lenguaje usual de una comunidad— actúa en una voluntad de promoción y no de usufructo de la persona. Ello demanda establecer el sentimiento moral del *respeto* como vértebra del mundo de las personas. A partir de él, la persona no podrá nunca ser reducida a la categoría de medio.

2. El reconocimiento de *dimensiones trascendentes* en el ser humano es condición inalienable del respeto de la libertad. La trascendencia psicológica y espiritual objetiva en el amor humano, la práctica de la caridad, la creencia religiosa, la capacidad de fabulación artística, la práctica de valores morales... son otras tantas categorías a las que el hombre puede acceder y que le brindan modos distintos de hacer real su trascendencia personal. No negar ninguna de tales posibilidades es la exigencia de todo humanismo que no quiere ser excluyente o unilateral.

3. Es urgente igualmente señalar la *insuficiencia de lo político y de lo jurídico*. La importancia de lo político y la ineludible exigencia de la ley en una sociedad, no pueden hacer perder de vista el horizonte utópico de una sociedad en la que el orden ético, exento por tanto de coacción, deba ser promovido como ideal de vida colectiva y social. Tal es, en consecuencia, la condición de idealidad de la realidad política.

Derivada de esta convicción resulta la exigencia de reconocer dimensiones *supra-políticas* como la verdadera esencia de pueblos y comunidades. Con Max Scheler, tanto el alma colectiva (costumbres, mito, cuento, religión...) cuanto el espíritu colectivo (filosofía, arte...) de una comunidad, no podrán dejar de ser

promovidos por sí mismos, y jamás manejados en favor de los intereses puramente políticos, económicos o de hegemonía social.

En coherencia con lo anterior, será perentorio exigir la abstención de toda intervención estatal en ámbitos estrictamente subjetivos y de conciencia, como son los del matrimonio, la educación o la creencia, entre otros. Ningún interés social podrá sojuzgar la elección de los destinos morales de una vida. Lo cual no veta la necesaria ordenación de sus consecuencias sociales. A su vez, el político de profesión y partido se verá sometido a la confrontación ética que anteponga los valores morales a los de un programa encaminado a la victoria electoral.

4. El *valor del pluralismo* es otra de las categorías de nuestro humanismo. Pluralismo en todos los órdenes (religioso, político, económico, educativo, de organización, etc...) que remite la persona a su propia responsabilidad. Esta inaplazable exigencia se siente día a día amenazada en nuestra sociedad por las formas disimuladas de dictadura bajo el pretexto de la planificación y la organización.

En este sentido, la promoción de movimientos y actividades parapolíticas, como los movimientos confesionales, ecologistas, pacifistas, el sindicalismo verdaderamente independiente de partidos e intereses, las comunidades de caridad, los órganos de auxilio y ayuda de todo tipo, son otras tantas exigencias que deberán ser promovidas sin pedir a cambio, por parte de nadie y menos del Estado, la militancia, la aprobación, la contrapartida del voto o la fidelidad.

5. El reconocimiento del *valor de la educación*, entendida como formación de la inteligencia y de la libertad y no como proceso de acumulación de saberes y técnicas, es hoy más que nunca condición necesaria para la desalienación del hombre contemporáneo. La capacidad de preguntarse por el sentido de las cosas y la posibilidad de elegir o prescindir es presupuesto no valorado suficientemente.

6. La *justicia social y distributiva* sigue siendo hoy tan necesaria como lo fue siempre. La distancia entre ricos y pobres, tanto a nivel de personas como de comunidades, pueblos y naciones sigue siendo uno de los grandes escándalos de nuestro tiempo que adquiere el rostro de la inhumanidad en el problema del hambre. Por ello se hace inaplazable la solidaridad, nacional e internacional, y la necesidad de serias ofertas de igualdad de oportunidades y la de medios técnicos, educativos y materiales. Sin justicia, el humanismo es mentira.

7. El *progreso científico y técnico* es una categoría que todo humanismo debe asumir sin reticencias. La máquina no es ya un instrumento en manos del hombre, sino la prolongación de su propia inteligencia. Pero que nuestra cultura sea esencialmente mecánica exige preguntar por el sentido de tal situación, tener conciencia de la naturaleza y de las posibilidades de lo técnico.

Ello adquiere capital importancia cuando pensamos que hoy día las máquinas más perfectas y el automatismo más sorprendente se aplica precisamente a los armamentos y no a la salvaguarda de la vida y la libertad. A este respecto se ha producido en nuestro siglo una fisura de la que todo humanismo debe tomar conciencia: si hace cincuenta años el hombre no era capaz, con sus medios, de acabar con la vida, hoy sí está en posibilidades de hacerlo. El maquinismo ha llevado a poner la vida de la humanidad en las manos del hombre. Ello conduce

a que el armamento, especialmente el atómico, aparece en nuestros días moralmente injustificado. Un humanista se ha de preguntar cada vez más seriamente por la existencia de los ejércitos; y su respuesta caminará hacia la objeción de conciencia.

8. La *comunicación*, a su vez, debe ser entendida como categoría esencial del ser humano. La identidad sustantiva de la persona reclama, por tanto, el rechazo de todo robinsonismo individualista, ya que ni la libertad ni la vida podrán desarrollarse en plenitud de posibilidades sin la relación interpersonal. Ello conduce a reconocer la comunicación, al estilo de G. Marcel, como la estructura de posibilidad del ser mismo del hombre y entender el individualismo como la negación de su identidad.

La comunicación, en consecuencia, desde los niveles de la amistad, la relación interpersonal, la familia, sociedad, etc., hace que lo comunitario y cooperante sea la estructura fundamental de la actividad humana.

9. Por último, y como convicción sintética fundamental, entendemos que todo humanismo debe proclamar, con E. Levinas, *la conversión de la metafísica en ética*. Ello implica que el ser humano identifica su destino con el de su acción, vinculándose a través de ella a la humanidad como horizonte y condición de su realización personal y colectiva: lo que le ocurre a los más pequeños nos ocurre a nosotros mismos.